

al analista, y éste encuentra en ellos otras ideas y sentimientos que estaban deprimidos. Establece su conexión, y el paciente puede aceptarla, o rechazarla porque no la entiende o porque le parece falsa. La resistencia a aceptar la interpretación es o afectiva o intelectual. Un estudio amplio de estas dificultades podrá aclarar si están relacionadas con las teorías acerca del instinto.

Las reacciones instintivas podrían nacer o como un conocimiento o como un afecto responsable a ciertas sensaciones, o como conductas espontáneas ante estímulos diversos. Pero el instinto no es ni algo puramente subjetivo ni un recurso común a toda la especie humana, independientemente de los recuerdos y experiencias adquiridas concretamente. Hay un instinto *primitivo* y un instinto *experimentado*. Por tanto, es difícil decir si la respuesta a un estímulo es sólo cognoscitiva o también afectiva, o si el estímulo es él mismo la realidad promotora del instinto o sólo un símbolo de la realidad capaz de promoverlo. Además, la capacidad instintiva de *reconocer* no implica tampoco que exista una idea instintiva de la realidad reconocida.

La realidad, como parte del mundo del sentido común, nos es tan familiar que se nos aparece como independiente de nosotros. Pero la realidad es, para nosotros, egocéntrica. Cada sensación de realidad se nos fija en nosotros, y la personalizamos. La realidad es dualista: material y espiritual. Pero si está distinción se pierde, ambos reinos de realidad se interfieren y el mundo se nos aparece monista. Además, conocemos la realidad como modelo de sí misma, y como realidad concreta. Y es difícil saber si captamos el mundo como verificación de nuestro modelo subjetivo o como objetivamente está, aparte de que los aspectos psicológicos del mundo se nos aparecen como físicos.

Una cosa es clara: que nuestro pensar, sentir o desear están únicamente restringidos por nuestros conflictos internos. Bastará resolver éstos para aclarar aquéllos. Este mundo de conflictos interiores es el que los analistas tratan de explorar. Desde el mundo fantaseado, el mundo del sentido común emerge gradualmente bajo la doble influencia de la madurez interior y de la experiencia exterior. La confusión entre fantasía y hecho es lo que produce los conflictos interiores. Por eso es tan necesario remo-

ver los recuerdos infantiles, donde hechos y fantasías se mezclan por no poder ser aún distinguidos desde la experiencia infantil.—A. S.

PACI (Enzo): *Funzione e significato del mito*, en «Giornale Critico della Filosofia Italiana», X, 4, 1956 (págs. 148-160).

Ha dicho Hölderlin que la palabra es el don más peligroso que los dioses hayan concedido a los hombres. Dentro de la tensión significada por la formación de un mito, se confunden el bien y el mal, la afirmación y la negación, en una *situación límite*.

Como forma de pensamiento, es un antídoto del intelectualismo, y pretensión de reconquistar la perdida espontaneidad originaria, en una ilusión.

Si quiere admitirse al mito como factor positivo, no puede ser considerado como «restauración», que niega la civilidad y la vida del próximo futuro, en una negatoria absolutización de la unicidad y de la soledad que destruyen las exigencias y disuelven las solidaridades futuras.

El proceso vital o histórico revelado en el mito está constituido por un ritmo de extrema simplicidad, por una elemental estructura existencial. Hay un nacimiento en una situación preexistente, un desarrollo englobando al mundo circundante, necesario para la nueva vida; se une luego a otra existencia para engendrar otra existencia nueva, y, al fin, muere.

En su significado más profundo, el mito es una relación entre la estructura económica y la fe religiosa, aunque la fe religiosa no sea concretamente transformación de una estructura económica negativa en estructura económica positiva, y la fe o pseudocreencia se refiera no a una presencia divina, sino a una presencia diabólica.

En su aspecto positivo, en cuanto descubrimiento o invención de nuevas posibilidades de aprovechamiento del trabajo propio o ajeno, el mito significa y describe situaciones cerradas y cristalizadas en formas sociales. Toda sociedad, sin dejar de vivir en el mito, puede abrirse o cerrarse. Pero si se abre, es porque ha podido avizorar algún dato que tal vez no sea aún elemento real, pero pue-

de llegar a serlo. El mito es, como la palabra, un regalo muy peligroso.

Pero como elemento equilibrador y que satisface una necesidad mental importantísima, el mito puede indicar la construcción de una futura armonía a realizar en el tiempo y en el mundo. Pues siendo la naturaleza proceso y apertura hacia la posibilidad de futuro, la misma fe irracional puede constituirse en un alto grado de posibilidad positiva, como tensión física y psíquica hacia tal posibilidad, y como actividad cotidiana para realizarla. Una cosa parecida a esta fe debían sentir los iniciados eleusinos cuando, silenciosamente, les era mostrada la recién cortada espiga.—A. S.

STALKNECHT (Newton I.): *The Quality of Man*, en «The Review of Metaphysics», vol. IX, 4, 1956 (págs. 531-547).

Se viene hablando de la «declinación de lo Absoluto» en filosofía. Pero el autor cree que en muchos escritos filosóficos no es el relativismo su característica más acusada, dentro del pensamiento reciente. Por el contrario, el pensamiento moderno se orienta cada vez más hacia lo Absoluto. De algún modo se revive el *uno* de Parménides. El *ser en sí y para sí* de Sartre ofrece carácter de libre implicación absoluta. El *cogito* de Descartes se nos aparece como un arquetipo histórico de nuestro absoluto. En el horizonte persiste la *cualidad de hombre* inspirando como auténtica realidad el trabajo filosófico.

Empezando por Bergson, que insiste en que el metafísico debe trascender las limitaciones del punto de vista, se tiende a considerar la entidad más que el aspecto parcial. En el punto opuesto, la teoría de su amigo W. James: no hay esencias absolutas en cada cosa, sino objetos esenciales para nuestra contemplación, a cuyo servicio está cierta sagacidad intelectual capaz de un «modo de comprender». Pero también W. James parece referirse a cierta universalidad real, cuyos datos concretos son los aprehendidos como datos esenciales característicos. La limitación cognoscente se debe a que la realidad universal no puede ser captada, porque su concreción es infinita. De este modo James plantea lo que podríamos llamar una ontología negativa. Aunque la plenitud de la reali-

dad está organizada de tal modo que permite ser dividida selectivamente.

El esfuerzo de la metafísica consistirá en reconstruir la unidad indivisa. La intuición es, como en Bergson, un movimiento absoluto.

W. James ha hablado del hombre como de un «hecho complejo». Pero a veces esta complejidad exterior está presidida por una conciencia que establece cierta unidad intencional, una integración autointerpretadora. Entonces podemos hablar de una gran obra artística o de una sinceridad moral.

Una doctrina semejante resulta de los sutiles análisis de Whitehead sobre el «sujeto-objeto». Esta expresión paradójica indica la *subjetividad*, descrita como juntamente anterior y posterior a una actividad cualquiera. El sujeto aparece como irrevocablemente unido a sus acciones y a las cosas. La subjetividad viene a quedar definida como su propia causa final. Hay un *telos* sobre nuestra conciencia. Surge para Whitehead la noción de «subject-superject». El «subject-superject» es el propósito dentro del proceso originador de sentimientos. Los sentimientos son inseparables del fin a que aspiran. El concepto de «superject» se nos revela cuando nos consideramos en una subjetividad reflexiva. Además, la causa final es un elemento inherente al sentimiento, y constituye con él unidad. Una entidad es acto, siente lo que siente, en orden a ser la entidad actual que es. De este modo, es concordante con la entidad actual la definición que Spinoza daba de *substantia: causa sui*.

La construcción de Whitehead establece lo que podría ser descrito como un relativismo microscópico referente a cada partícula del universo. Pretende, por otro lado, salvar la desvalorización del subjetivismo, en el término del «superject», que viene descrito como objeto, objetivo, por tanto, a la reflexión intencional. Significaría cierta implícita unidad de los términos, sujeto y objeto, en intento similar al de los idealistas alemanes. Y la expresión «subject-superject» aludiría precisamente al elemento de autocausación en la conducta.

En resumen, la *cualidad de hombre* reside en su poder de autorrealización, expresada en responsabilidad y en autointerpretación. Tal autonomía contrasta expresivamente de la «plenitud de realidad» de que James hablaba. En oposición con la compacta indentidad de nues-